

perder nuestra alma, nunca vigilaremos demasiado. Mirad lo que hacen aquellos que quieren arruinar una casa; ó arrancan sus fundamentos, ó empiezan por descubrir el tejado, ó entran por las ventanas, se apoderan del padre de familia, lo atan fuertemente quedando así dueños de todo lo restante. Nuestras obras son los fundamentos de nuestra alma; la fe es como su tejado, y los sentidos son sus ventanas. El demonio nos ataca por todos estos lugares; debemos, pues, tener muchos ojos para velar por todas partes si queremos salvarnos. Guardémonos de una presuntuosa seguridad, pues la Escritura nos dice: *Que aquel que está derecho mire por no caer* (I Cor. 10-12).

« Considerad, como acabo de deciros que nosotras estamos aquí como sobre un mar. Así llama David á esta vida (Psal. 10 3-25). Luego, en ciertos lugares de la mar hay escollos, en otros hay mónstruos, y en fin hay en los cuales hay calma. Es verdad que nosotras navegamos en un mar tranquilo en comparación de las gentes del mundo, que navegan en una mar peligrosa. El sol de justicia nos alumbraba en nuestra ruta, y ellos la hacen temerariamente en la noche de su ignorancia; pero ya os he hecho notar que muchas veces las gentes del mundo, expuestas á la tempestad ó sumergidas en las tinieblas, se salvan pidiendo auxilio; y puede facilmente suceder que abandonando el timon de la justicia por nuestra negligencia, desgraciadamente perezcamos.

Repito, que aquel que esté derecho se guarde de caer. Esto puede suceder de muchas maneras, y no todos lo hacen lentamente. Hay que no hacen más que perder la plaza que ocupan y se relevan al momento; así su caída no les causa gran daño. Pero los que no han caído, no desprecien á los que cayeron. Más bien deben servirse de su ejemplo para consolidarse más, por temor que la presunción les precipite en un abismo de perdición. »

Después de este extenso discurso sobre la vigilancia cristiana, la Santa fortifica á sus hijas contra la presunción que ha perdido tantas almas, de que el demonio se sirve principalmente contra aquellas que han hecho progresos en la virtud. « Lo que os acabo de hacer notar, les dice, es para que no os envanezcáis en vosotras mismas; pues mientras que aquellas que han caído conciben un vivo dolor de sus faltas llegando así á la salud, las que no cayeron deben temer doblemente, sea de retroceder por la negligencia y la tibieza, sea de ser subplantadas en su curso por su enemigo, presumiendo demasiado de sí mismas. Este enemigo artificioso unas veces nos atisba y nos atrae hacia él cuando nos dejamos arrastrar por la pereza espiritual y marchamos con tibieza, y otras, si ve que somos fervorosas y diligentes, nos tiende lazos por la vanidad y nos hace retroceder desde el medio de nuestra carrera. Este atractivo de la presunción y del amor propio es el halago más peligroso que emplea para seducirnos. Es por el orgullo que él mismo fué precipitado de lo alto de los cielos, y por este mismo orgullo se esfuerza en postrar las almas fuertes. A la manera que los combatientes, después de haber lanzado sus flechas, enseguida se arrojan espada en mano sobre el enemigo para acabar de postrar á aquellos que resistieron á sus flechazos, así el demonio habiendo echado inutilmente sus flechas atacándonos de diferentes maneras, emplea contra nosotras por un postrer esfuerzo el arma más fuerte que le resta, la espada del orgullo y de la presunción.

« Oh! cuantas almas ha hecho perecer esta funesta espada, á quienes el demonio no había podido vencer con otras armas! Al principio las había atacado con la gula, la voluptuosidad y los otros placeres de los sentidos, y nada había conseguido; enseguida las había tentado con la avaricia y el amor de las riquezas, y ellas habían resistido generosamente; en fin, después de tantas derrotas, este inven-

tor de todas las maldades para triunfar acudió á un postrer medio más pernicioso que los otros, y les inspiró pensamiento de estimación de sí mismas y de preferencia sobre los otros, y con este fatal veneno consiguió pervertirlas enteramente. En efecto, les hizo creer que tenían más conocimiento en la vida espiritual y que ayunaban más que los otros. Presentó en su imaginación todas las obras buenas que ellas hicieron, y les hizo olvidar sus faltas pasadas, para que se creyesen mejores que los otros, y así quitar de su corazón todo sentimiento de compunción y penitencia; y á la manera que en su orgullo dijo desde el principio: *Yo subiré y colocaré mi trono en lo más alto de los cielos* (Isaias 14-13), les inspiró igualmente el deseo de dominar, y la falsa idea de que eran capaces de remediar los males de los otros, mientras que seducidas por su presunción, son ellas las más enfermas y perecen poco á poco sin que se les pueda curar. »

La Santa propone aquí los remedios contra este mal tan peligroso: « Meditemos sin cesar, dice, este oráculo del Profeta real: *Yo soy un gusanillo, y no un hombre; yo no soy más que tierra y ceniza* (Psal. 2-17), (Gen. 18-17). Y si aquella que es tentada del orgullo vive en una entera soledad, debe entrar en un monasterio, en donde, si se reconoce que su vanidad viene de las grandes austeridades que ha practicado, se la obliga á comer dos veces al día. También es necesario que las que sean de su edad la reprendan y le reprochen el haberse mal aprovechado de su soledad; que se la dedique á los ministerios más bajos y que se proponga el ejemplo de los más grandes santos. También conviene que los otras redoblen su fervor á fin de que viéndolas tan perfectas aprenda á humillarse, y á no tener más que una baja idea de sí misma.

« Pero no os debo dejar ignorar que el apego á la propia voluntad ordinariamente precede esta hinchazon que

causa al corazón el amor propio, y que se cura por la obediencia. Pero si conviene humillar á las que pecan por orgullo, es necesario obrar de otro modo con aquellas que faltan por descorazonamiento; pues el demonio que emplea toda suerte de medios para seducirnos, á aquellas que han progresado en el bien las hace olvidar de sus pecados, á fin de perderlas por la vanidad. Mas á aquellas que sólo han entrado en la religión y han empezado á ejercitarse en la práctica de las virtudes, les reprocha todos sus pecados pasados, á fin de echarlas en la desesperación, dándoles á entender que son demasiado enormes para que Dios se los perdone, y que no pueden esperar ser salvadas. Bien lejos, pues, de humillar estas almas así abatidas, se deben fortalecer por el ejemplo de aquellos que no han dejado de santificarse despues de grandes crímenes, como Rahab en la ley antigua, san Pablo en la nueva, san Mateo que había sido publicano, y el buen ladrón reo de muertes y latrocinios. Además para darles coraje conviene ensalzar á propósito el bien que han empezado á practicar, é inspirarles con esto una santa emulación.

« En cuanto á las orgullosas, se han de emplear remedios más fuertes, y decirles: « ¿Qué motivo tenéis para hincharos de vanidad? Es porque no coméis carne? pero hay que ni siquiera comen pescado. ¿Es porque no bebéis vino? pero hay que aun se abstienen del aceite. ¿Es porque ayunáis hasta la noche? hay otros que pasan dos ó tres días sin comer. ¿Es porque no usáis el baño? hay otros que se privan de él estando enfermos. ¿Es que no tenéis por cama más que una manta? hay otros que se acuestan sobre la tierra desnuda. En fin, cuando fuereis tanto y aún más que las otras, no tendríais motivo de glorificaros, pues aun cuando añadiríais á todos estos trabajos el morar en una choza, los demonios no comen, no beben, no duermen y vaguean por los desiertos. »

Por todo esto que acabamos de decirnos se ve que el orgullo ocupa el primer rango entre los pecados, y que la humildad, que le es opuesta, no tiene un rango menor entre las virtudes; pero no es fácil el adquirirla, y jamás alguna llegará á ella, sino echa de su corazón toda vana estimación de sí misma; lo que es una grande perfección. En efecto, es tan grande que el demonio, que algunas veces finge imitar las otras virtudes, no puede imitar aquella; pues ni siquiera la sabe comprender.

« Así el apóstol san Pedro, quien conocía la excelencia y la solidez de esta gran virtud, nos recomienda particularmente el grabarla en nuestros corazones, por más obras buenas que por otra parte hagamos; y ya sea que estemos reguladas en nuestras costumbres, ya sea que hayamos adquirido gran conocimiento de las cosas espirituales, la humildad nos debe servir como de una valla impenetrable para defender las otras virtudes que practicamos; ella las debe cubrir y cerrar hermeticamente, temiendo que la vanidad las destruya. En fin, no es menos imposible santificarse sin la humildad, que conducir con seguridad un navío sin timón.

« Y de qué manera el mismo Jesucristo nos la ha recomendado! Por ventura no se resistió de ella al descender del cielo, y no es él mismo el que nos ha dicho? *Aprended de mí á ser dulces y humildes de corazón.* (Matth. 11-29). Considerad aquí quién es el que ha dicho esto: « El quiere que la humildad sea el principio y el fin de nuestras obras; él quiere que esta sea la humildad de corazón, y no una humildad en palabras; él quiere que aun cuando hayamos cumplido con todos los mandamientos, muy lejos de glorificarnos por ello, por una humildad sincera nos consideremos como siervos inútiles (Luc. 17-10). »

« Se conoce que se practica de verdad esta virtud, cuando se sufre con paciencia los reproches, las injurias y todo

cuanto ofende al amor propio. Estas pruebas son como los nervios de la humildad. El mismo Jesucristo las sufrió, pues le llamaron Samaritano, le dijeron que estaba poseído del demonio, le dieron bofetadas y le hicieron toda suerte de ultrajes.

« Nosotras, pues, á su ejemplo debemos sufrir con humilde paciencia humillaciones, y nuestra humildad no debe ser aparente como la de algunas, que fingen humildad para ser más alabadas, y que se levantan como áspides cuando en público se las ofende. »

Después que el historiador de la Santa ha relatado estas edificantes instrucciones, dice que las vírgenes á quienes ella las daba estaban por ello tan transportadas de alegría, que no podían dejar de escucharlas y esto la obligó á extenderse aún sobre otros puntos de moral, lo que hizo con los siguientes consejos: « Cuando uno se engolfa á servir á Dios, se debe preparar para los combates y las penas; pero estas penas vienen seguidas de un consuelo que no se puede expresar. A la manera que aquellos que quieren encender fuego son al principio tan incomodados por el humo, que sus ojos lloran por ello, y tienen enseguida el placer de verlo brillar y ser calentados por él; así nosotras encendemos en nosotras un fuego divino con nuestras lágrimas y trabajos. Este es el fuego que Jesucristo ha dicho que había venido á traer al mundo, el fuego de la caridad (Luc. 12-18). Pero sucede á muchos, que habiendo sufrido durante cierto tiempo la incomodidad de este humo, dejan de soplar este fuego sagrado, y se privan por su negligencia ó impaciencia de las ventajas que habrían reportado de él encendiéndolo. « En efecto, la caridad es un tesoro de un precio tan grande, que el Apóstol ha dicho de ella que aun cuando distribuyésemos todos nuestros bienes á los pobres y hubiésemos entregado nuestro cuerpo á las llamas, sin esta virtud no somos más que un metal sonan-

te, etc. (I Cor.-13). Y siendo la caridad el mayor de todos los bienes, ¿no tenemos motivo para decir que la cólera que es su antítesis, es el mayor de los males, pues llena el alma de tinieblas y la vuelve tan feroz que ya no escucha más la razón? Jesucristo nos ha armado contra todos los vicios. El nos ha dado la templanza para fortificarnos contra la impureza; nos ha recomendado la humildad para garantírnos del orgullo, y nos ha dado contra la cólera el arma saludable de la caridad.

« Observad sin embargo que no siempre es condenable, pues es permitido irritarse contra los demonios; pero no es lícito irritarse contra los hombres, aun cuando fuesen grandes pecadores; y si nuestro celo se inflama contra ellos con vehemencia, vale más aguardar que esté apaciguado, cuando la caridad nos obliga á ello. Así se debe gobernar como un cochero gobierna á sus caballos, con prudencia y moderación.

« Lo peor que tiene la cólera es que conserva el resentimiento y el recuerdo de las injurias. Un arrebato repentino turba de momento la razón, y se apacigua en poco tiempo, como se ve desvanecer el humo; pero el recuerdo de las injurias estando grabado en el espíritu, vuelve el alma cruel como una bestia feroz. Los perros más furiosos se amanisan cuando se les da alguna cosa. Las otras bestias se familiarizan con los hombres: pero el resentimiento de las injurias no escucha ni la razón ni amonestación alguna; el tiempo mismo, que es el médico de todos los males, no lo puede remediar: Es esto el colmo de la maldad por lo cual se desobedece formalmente á Jesucristo, quien nos ha dicho: *Id á reconciliaros con vuestro hermano, y después vendréis á ofrecerme vuestro presente* (Matth. 5-24); y el apóstol san Pablo dice también: *Cuidad que el sol jamás se acueste sobre vuestra cólera* (Ephes. 4-26).

Sería de desear que uno jamás se encoleriraza; pero al



Joseph Ch. Courcier del. Paris

Sara

Sara

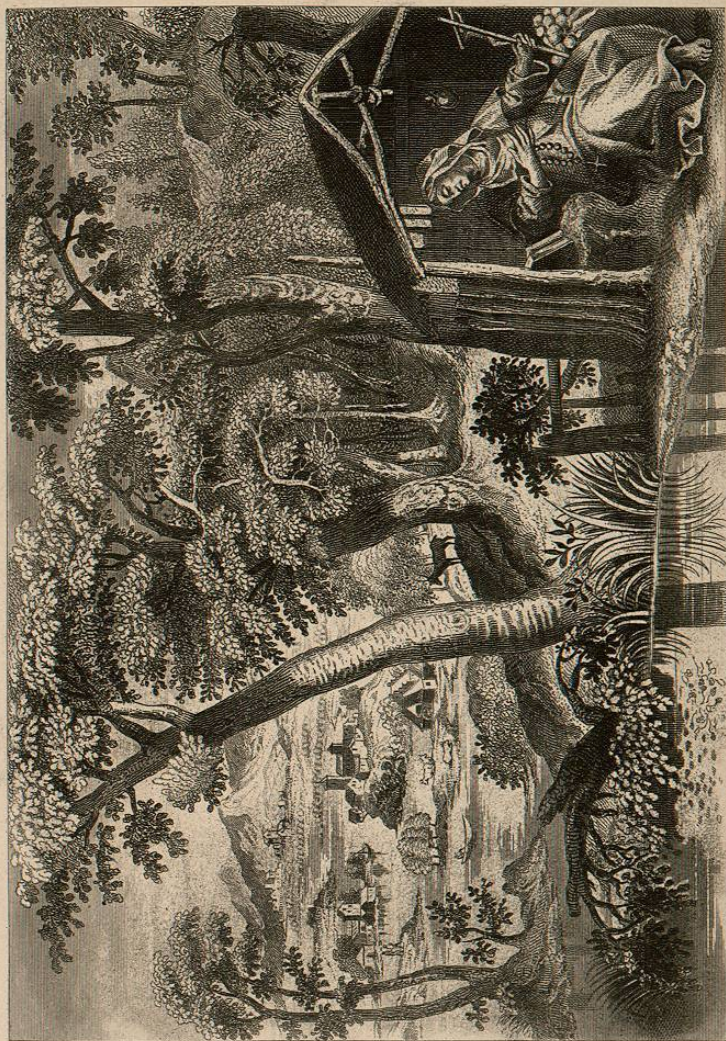
te, etc. (1 Cor. 13). Y siendo la caridad el mayor de todos los bienes, ¿no tenemos motivo para decir que la cólera que es su antítesis, es el mayor de los males, pues llena el alma de tinieblas y la vuelve tan dura que ya no escucha más la razón? Jesucristo nos ha enseñado contra todos los vicios. El nos ha dado la trompeta para fortificarnos contra la impureza; nos ha recomendado la humildad para garantirnos del orgullo, y nos ha dado contra la cólera el arma saludable de la caridad.

« Observad sin embargo que no siempre es condenable, pues es permitido irritarse contra los demonios; pero no es lícito irritarse contra los hombres, aun cuando fuesen grandes pecadores; y si nuestro celo se inflama contra ellos con vehemencia, vale más aguardar que esté apaciguado, cuando la caridad nos obliga á ello. Así se debe gobernar como un cochero gobierna á sus caballos, con prudencia y moderación.

« Lo peor que tiene la cólera es que conserva el resentimiento y el recuerdo de las injurias. Un arrebató repentino turba de momento la razón, y se apacigua en poco tiempo, como se ve desvanecer el humo; pero el recuerdo de las injurias estando grabado en el espíritu, vuelve el alma cruel como una bestia feroz. Los perros más furiosos se amansan cuando se les da alguna cosa. Las otras bestias se familiarizan con los hombres: pero el resentimiento de las injurias no escucha ni la razón ni amonestación alguna; el tiempo mismo, que es el médico de todos los males, no lo puede remediar: Es esto el colmo de la maldad por lo cual se desobedece formalmente á Jesucristo, quien nos ha dicho: *Id á reconciliaros con vuestro hermano, y después vendréis á ofrecermé vuestro presente* (Matth. 5-24); y el apóstol san Pablo dice también: *Cuidad que el sol jamás se acueste sobre vuestra cólera* (Ephés. 4-26).

Sería de desear que uno jamás se encoleriraza; pero al

Tome 3.



Gravé par

Sara

Sara

Imp. de Charbonnier, Paris.

menos si llega esta desgracia, sigamos el consejo de san Pablo. ¿Querriamos nosotras pasar nuestra vida en un estado tan funesto? Por supuesto digamos más bien como Jesucristo nos ha aconsejado: *A cada día le basta su malicia.* ¿Aborreceremos á aquél que nos ha injuriado? Aborrezcamos más bien al demonio que nos ha hecho mayor injuria que aquél.

« El resentimiento siempre va seguido de grandes males, tales como la envidia, la indignación, la maledicencia; y no los consideremos como poca cosa. Parecen débiles flechazos del enemigo en comparación de las otras armas que emplea contra nosotras al tentarnos sobre ciertos crímenes. Pero como más negros parecen estos, siendo también más horrorosos después de haberlos cometido, nosotras recurrimos á la penitencia como á un bálsamo saludable; y mientras que hacemos menos caso de aquellos, como menos odiosos en la apariencia, los despreciamos, y ellos no dejan de producir profundas llagas, que nuestra negligencia vuelve crónicas y mortales.

« No se puede expresar cuán peligrosa es la maledicencia, aunque algunas veces se la considere como un divertimento y un medio de animar la conversación. Cerremos nuestros oídos á semejantes coloquios; no permitamos que este órgano que podemos usar para el bien, sea empleado en coleccionar defectos ajenos. Conservemos nuestra alma pura y exenta de los vicios que sin duda la desfigurarán escuchando estos discursos peligrosos; pues por haberlos oído odiamos á las personas con los ojos llenos de la malignidad que hemos contraído al haber oído tales discursos, como aquellos que tienen la tiricia nada ven que no les parezca tirixico.

« Velemos sobre nuestra lengua y oídos, para no decir ni escuchar cosa alguna con pasión. Sigamos la regla que sobre el particular nos da el Espíritu Santo: *No escuchéis*